

Bibliofilia

Historias de libros

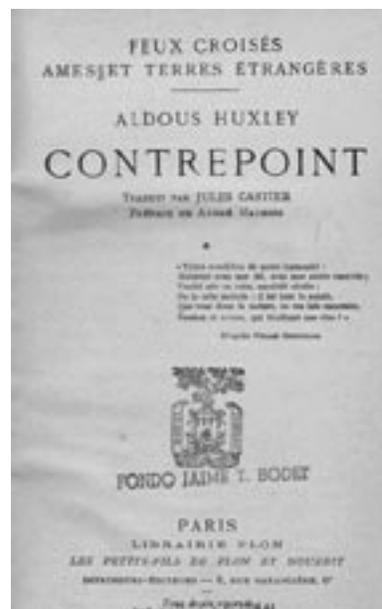
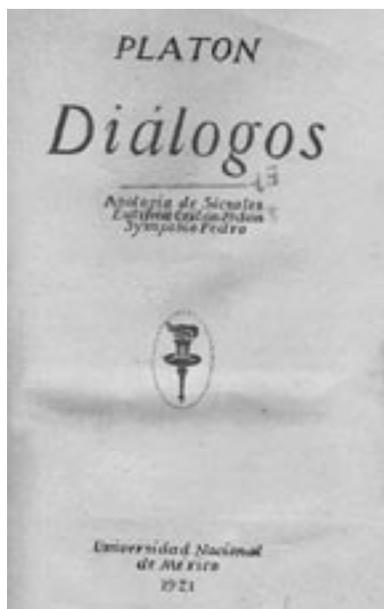
José Luis Martínez

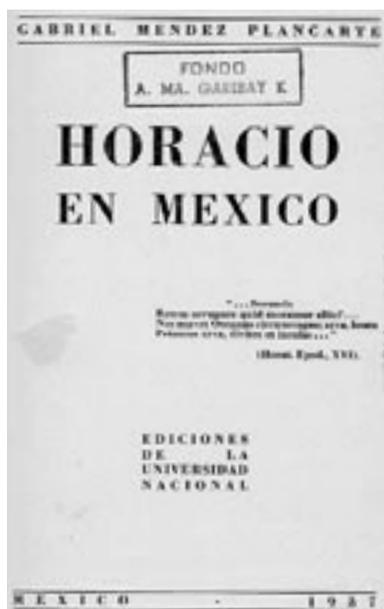
1) Con buena letra, anotó la fecha y el lugar, “23-III-1936, Guadalajara, Jal.” en uno de los primeros libros que compró, en una librería de viejo en la capital tapatía, un mozo estudiante de secundaria que entonces contaba dieciocho años y sólo disfrutaba los pesos que le enviaba su padre, el doctor Martínez. El libro o más bien los libros, pues se trataba de una obra en tres tomos, viejos de casi un siglo, eran *Las poesías de Horacio* traducidas en versos castellanos con notas y observaciones críticas

por don Javier de Búrgos (*sic.*), París, Librería de D. Vicente Salvá, calle de Lille, no. 4, 1841, con los textos en latín y en español, frente a frente. Impresos en buen papel, son tomitos empastados en cartón negroverdoso, con letras y adornos dorados, presentables y aguantadores del tiempo. Sólo muchos años más tarde me enteré de que me faltaba un tomo cuarto, cuando lo hube, empastado éste en holandesa con tejuelo rojo, que contiene las “Epístolas”, incluyendo la dedicada a Los

Pisones y es el “Arte poética” de Horacio. No tienen ninguna huella de lecturas, sólo un extraño apuntito en el tomo dos, en la “Oda a Ligurino”, que dice “Lo raro como argumento por la condición efímera de la belleza”.

El traductor Javier de Burgos no dejó huella en los diccionarios. El de Alianza sólo registra un homónimo, periodista y dramaturgo popular, de Cádiz, que por sus fechas, 1842-1902, debió ser su hijo. El latinista cuya versión horaciana llegó a





cccc



Guadalajara, era un traductor fiel pero algo plano que no acertó a dar relieve a los aciertos del poeta latino. De hecho, mi aprecio por Horacio nació con la lectura de dos libros de los años treinta, los de Gabriel Méndez Plancarte (*Horacio en México*, 1937) y de Octaviano Valdés (*El prisma de Horacio*, 1937), así como en los estudios de Agustín Millares Carlo.

No fue el venusino un gran lírico pero este hombre "pequeño y obeso, con su equilibrio y su conocimiento de los hombres y del arte literario, no sólo dio forma a los ideales y conceptos de su tiempo, sino que, con un admirable dominio de la lengua supo acuñar muchos de los sentimientos humanos en fórmulas breves y perfectas que luego no hemos hecho sino tejer y destejer" (me cito a mí mismo en un escrito de 1976).

No deja de extrañarme el que un muchacho de dieciocho años, ignorante del latín, adquiriera estos tomos de Horacio, cuyo nombre apenas conocía y en versiones más bien opacas. Años más tarde, a Lydia, mi mujer, solía mostrarle algunos de los poemas que Horacio dedicó a otra Lydia. Y la mía se admiraba de mi fluente traducción hasta que le descubría la que iba al frente. Pero, además de estas diver-

siones conyugales, debo reconocer que estos Horacios eran sólo un adorno de prestigio entre mis primeros libros.

2) No fueron estos libros los únicos que adquirí en aquellos años de la secundaria en Guadalajara. Entonces se usaba llevar bajo el brazo, todo el día, el libro que leíamos. Y yo me proveí de los tomos verdes de Platón, editados por Vasconcelos. Y como me parecía vergonzoso estar leyéndolos por primera vez, decía que estaba releyéndolos. No creo que por entonces pasara de la emocionante "Apología de Sócrates" y del "Banquete", por su tema amoroso. Algo más me acerqué al conocimiento de los *Diálogos* en el memorable curso que dedicó al filósofo el doctor José Gaos.

Otro libro de estos años fue un tomito de Ortega y Gasset llamado *Notas* editado por *Revista de Occidente*. Era una antología de los ensayos del filósofo español, que fue nuestra guía intelectual por muchos años, y que me fascinaban. No lo conservo, porque para corresponder a las mercedes de una mujer a la que quise, se lo obsequié.

3) Yo vengo de un pueblo del sur de Jalisco, Atoyac, situado al margen de una lagu-

na de temporal. Al otro lado de la laguna se encuentra un pueblecito encantador, llamado Amacueca, famoso por sus nogales, así como Atoyac se envanece por sus pitayas y un jabón especial. Pues bien, el cura de Amacueca, don José del Carmen Méndez, fue mi padrino de bautismo y a su curato me llevaba el doctor Martínez, mi padre, a visitarlo. Recuerdo un caserón ruinoso asolado por los revolucionarios en el cual vivía mi padrino. Debo haber visto en alguna mesa un librote que resultó ser la gran edición de las *Obras espirituales* de San Juan de la Cruz. A pesar de mi corta edad y escasa instrucción, el libro me encantó. No creo haberlo pedido, pero debo haberlo simplemente visto con tal codicia que mi padrino me lo regaló.

Es un libro imponente, de 32.5 x 24 x 6 cm.; lo imprimió Francisco Lelfdall, en Sevilla, 1703, y es una edición notable porque en ella se recogen por primera vez toda la poesía y las obras en prosa de doctrina mayores de San Juan de la Cruz (1542-1591), así como las alegorías dibujadas por el santo y poeta místico y sesenta láminas grabadas por Mathías Arteaga. El libro está encuadernado con modestia. Allá por los años cincuentas, en las librerías de viejo de la avenida Hidalgo, encontré otro ejemplar, bien conservado y encuadernado de esta soberbia edición que regalé a mi amigo viejo, Alí Chumacero. Espero que la conserve y la aprecie como yo lo hago con el regalo de mi padrino de Amacueca.

Un poco antes, en 1942, recordamos el cuarto centenario del gran poeta místico español y en el Paraninfo Universitario pronunciamos conferencias sobre San Juan de la Cruz, Octavio Paz y el que habla, entre los que recuerdo.

4) No recuerdo cómo conocí en México, hacia los años cuarentas, la preciosa colección de literatura francesa y universal de la Pléiade. Empastados en una piel que cambia de color por los siglos o los temas e impresos en un buen papel biblia, reúnen en un volumen y en cerca de un millar de páginas, un caudal considerable de

obras en textos depurados y con presentaciones de los más notables especialistas. Comenzó con las obras de Baudelaire en 1931 y en el año 2002 está cerca del medio millar de títulos. Poco a poco, año con año, tengo alrededor de cuatrocientos Pléiades. Entonces costaban alrededor de \$29 cada uno y recuerdo que los compraba en la Librería Porrúa dando abonos quincenales de \$5; aunque me permitían llevármelo cuando había pagado la mitad. Comencé por los tres tomos dedicados a la Edad Media francesa, que me gustaban por los poemas épicos, los lays de Marie de Francia, la “Leyenda del Santo Grial”, el “Lai de Aristóteles” —que retomara Juan José Arreola—, y por poetas como Charles D’Orleans y el espléndido François Villon. Los tres tomos fueron preparados por el sabio medievalista Albert Pauphilet. Y seguí con el *Journal* grande de André Gide, que leí completo y siempre con placer. Entre los tomos recientes de autores de lengua española se destacan tres volúmenes de García Lorca y dos de *Obras* de Borges, acompañados estos por un *Album*.

Estos álbumes son uno de los tesoros de la Pléiade. Iniciáronse en 1960 con un *Dictionnaire des auteurs de la Pléiade* y a partir de 1962, con un *Album Balzac*, dedicados principalmente a grandes escritores. Reúnen documentación fotográfica de grabados y un buen estudio, ambos notables. Hasta ahora van publicados cuarenta y dos tomos, que no se reeditarán. Aparecen la primera quincena de los meses de mayo, no se venden sino que se obsequian a quien compre tres tomos de la Pléiade. Tengo la fortuna de poseer la colección completa.

Además de los textos literarios, históricos y sagrados, existe una excelente *Encyclopédie de la Pléiade* con dos series, Metódica e Histórica. La dirige Raymond Queneau y consta de cuarenta y nueve gruesos volúmenes que se encuentran entre mis libros. Debo reconocer que los tomos de autores y estos enciclopédicos son muy caros.

5) Allá por mis primeros años en la ciudad de México, y cuando aún alternaba los



estudios de medicina con los de literatura, descubrí a los novelistas ingleses y me aficioné especialmente por las obras de Aldous Huxley. Entonces quería hacer un estudio extenso sobre la novela moderna, especialmente la inglesa y la francesa, e hice para comenzar una copiosa bibliografía. *Contrapunto* de Huxley me descubrió las posibilidades de la inteligencia en la construcción novelesca y la eficacia de las nuevas estructuras en el arte de la narración. En español, inglés o francés leí cuantos libros de Aldous Huxley pude agenciarme y en la revista *Tierra Nueva* (1940-1942), que entonces hacíamos, publiqué en varias entregas un estudio copioso que no he vuelto a leer. Mi afición huxleyana me llevó también a traducir un estudio de Aldous sobre Baudelaire, que me convirtió en un librito de 1942 mi amigo Octavio G. Barreda. Las obras de David Herbert Lawrence me interesaban también. La posteridad fue más clemente con el autor de *Lady Chatterley* y de las *Mañanas en México* que con el soberbio novelista y ensayista de *Música en la noche* y *Brave New World*, que nadie lee ya. Me impresionó mucho el incendio que sufrió su casa californiana en que perdió sobre

todo su correspondencia, y el estoicismo con que afrontó su muerte.

6) Cuando los muchachos de mi grupo vinimos a la ciudad de México de Guadalupe y yo iba a estudiar medicina, como no coincidían los calendarios escolares y teníamos unos meses libres, convencí a Ali Chumacero de que los ocupáramos en la Biblioteca Nacional, entonces en la calle de Uruguay. Yo decidí leer a Garcilaso de la Vega y puse su nombre en la ficha de solicitud, añadiendo *Poesías*. El empleado me trajo un libro encuadernado que era nada menos que la edición de Sevilla, 1580, con las sapientísimas anotaciones de Fernando de Herrera. Durante varios días leí encantado los versos del toledano explicados por el mejor de sus comentaristas, otro gran poeta. Pienso que la frecuentación de este precioso libro me despertó el gusto por los libros antiguos y hermosos. En recuerdo de esta lectura que no olvidaba, muchos años después adquirí en Madrid una reedición del libro de 1580, que lleva, además, los comentarios del Brocenses, de Tamayo de Vargas y de Azara, al cuidado de Antonio Gallego Morell (Editorial Gredos, Madrid, 1972).



7) Hacia los felices años cuarentas y cincuentas, yo era un entusiasta altamiranista. Lo sigo siendo pero no tan exclusivista como entonces. Poco a poco en la Librería Robredo y en librerías de viejo me fui consiguiendo, lo que aún era posible, todas las ediciones originales de las obras de don Ignacio, y la *Velada literaria que en honor del Sr. Lic. D. Ignacio M. Altamirano celebró*

el Liceo Mexicano la noche del 5 de agosto de 1889, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, Calle de San Andrés núm. 10, 1889, con un grabado del maestro era una de ellas. Pero el ejemplar que poseo es muy especial. Es el que perteneció a Luis González Obregón. Él había sido el organizador de la velada, y en su ejemplar de la publicación le puso notas complementarias

y, además, hizo que, en las páginas preliminares en blanco, firmaran los asistentes a la velada como sigue: Luis González Obregón, A. de Peña y Reyes, Alberto Michel, Ezequiel A. Chávez, Enrique Fernández Granados, José P. Rivera, M. Dávalos, Gregorio Torres Q., José M. Bustillo, Enrique Santibáñez, Juan de Dios Peza, Ángel del Campo y R. A. de la Peña. Estas trece firmas hacen de este libro un ejemplar único. El benemérito Fernando Tola de Habich hizo en 1984, en Tlahuapan, una edición de Premiá, un facsímil de este libro en homenaje a Altamirano, por los 150 años desde su nacimiento. Qué bueno hubiera sido que reprodujera las firmas y notas de mi ejemplar.

Aún tengo que contar cómo lo obtuve. Por aquellos años, Joaquín Díez-Canedo y yo frecuentábamos la librería de Pepe y Rafael Porrúa, que fue arrasada por las obras del Templo Mayor. Mañosamente, llegábamos tarde, por las mañanas, y sólo salíamos de las profundidades de la librería —riquísima en el siglo XIX—, con nuestras selecciones cuando ya era hora de comer, ya se había ido Pepe y Rafael nos esperaba para despacharnos, con prisa y sin fijarse en los detalles de los libros elegidos y valuándonos a nuestro gusto. Creo que así obtuve este valioso ejemplar.

8) Mi primer viaje a Buenos Aires fue durante mi diputación de 1961 —y en el alegre grupo iba mi viejo amigo Andrés Henestrosa. Curioseando librerías encontré una excelente llamada L'Amateur, en la calle Esmeralda 882, cuyo dueño me envió sus catálogos de joyas. Después, en los años de 1976 a 1982 en que estuve al frente del Fondo de Cultura Económica, volvería a ver sus tesoros. En aquella primera ocasión le compré un libro enorme, de 52 cm. de altura, las *Antigüedades mexicanas*, que es una colección de códices: el "Colombino", el "Porfirio Díaz", el "Baranda", el "Dehesa" y el *Lienzo de Tlaxcala*. Faltaba el texto explicativo, redactado por Alfredo Chavero que después conseguí. El libro se publicó en 1892 en México, por la Junta Colombina para recordar el cuarto

centenario del descubrimiento. La caja que lo contiene estaba maltratada y mi hijo mayor hizo que la restaurara un experto.

En otro viaje a Buenos Aires promovido por el presidente Echeverría, que mi amigo José Alvarado apodó como “el camión de redilas” y también con Henestrosa, encontré en la librería mencionada un libro que los discípulos de Julio Torri habíamos conocido porque nos leía en él a oscuros poetas castellanos del siglo xv, el *Cancionero de Baena*. Jesús Reyes Heróles, que también conocía a este librero, en los años del Fondo, me encargó que le trajera una primera edición de uno de los libros de Antonio Pérez, el inteligente y traidor secretario de Felipe II, que costaba dos mil quinientos dólares. Este encargo me movió a conocer a este señor Pérez, personaje de vida atroz y fascinante, apreciado como uno de los teóricos de la filosofía política, y ahora tengo, en copias xerox, los *Aforismos*, de 1787, y las cartas que reunió Eugenio de Ochoa en 1924, y una edición moderna del *Norte de príncipes*, con prólogo de Francisco Ayala, así como los dos tomos de la biografía que le hizo Gregorio Marañón.

9) En la Academia Mexicana de la Lengua fui amigo y apreció a José Rojas Garcidueñas, que era el Secretario Perpetuo y murió en 1981 cuando yo era ya director. Decidimos juntar sus hermosos relatos breves, y para reunirlos y recoger papeles de la Academia, al terminar a las ocho de la noche las sesiones, iba a su casa cercana con su viuda, mi querida amiga Margarita Mendoza López. Y una noche me dijo: “Como que ves con mucho interés los libros de José. Si te interesan, dímelo y te obsequio los que quieras porque yo quiero deshacerme de ellos”. Le agradecí su oferta pero le propuse que se los pagaría al valor que estimara. Margarita me decía que no le mencionara los títulos y que sólo le dijera el número de libros que me llevaba. José tenía una buena colección de historia de México, libros sobre Guanajuato, su tierra, que no toqué, buenas ediciones de literatura mexicana y una colección de Quijotes antiguos



a los que renuncié porque no tenía espacio. Dos veces por mes iba con una gran caja de cartón que llenaba, le hacía cuentas y le dejaba un cheque. Entre mis compras más apreciadas estuvieron la preciosa edición de grabados de *México y sus alrededores*—que ya había encontrado en Buenos Aires y no había podido comprar por su elevado precio—, la edición original de los tres tomos de *La ciudad de México* de Marroquí,

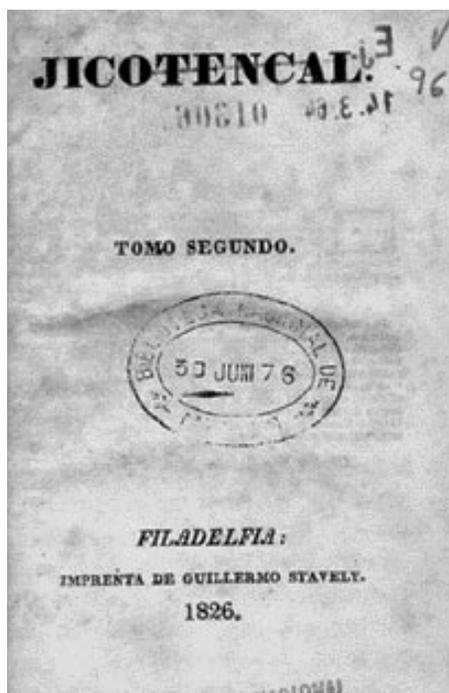
y sobre todo una colección de once tomos de la única edición existente de las *Actas del Cabildo* de la ciudad de México en el siglo xvi, preciosa para mis trabajos sobre este siglo. Y recordaba que cuando unos prerrevolucionarios pusieron fuego al palacio de los virreyes en 1692, don Carlos de Sigüenza y Góngora salvó los originales de estos

libros de las llamas. Las ediciones de García Icazbalceta de poetas del siglo XVI, en que trabajaba José de J. Rojas Garcidueñas, Margarita no quiso que les fijara precio porque me las regalaba. Y además de otras menudencias, quiero mencionar unos raros libros argentinos sobre los viajes trasatlánticos en el siglo XVI que fueron básicos para mis *Pasajeros de Indias*.

Margarita, la generosa, se fue a vivir al Hotel Regis con sólo algunos libros sobre teatro en México, su especialidad, y pereció en el terremoto de 1985. No se encontró su cuerpo y la pobre ya había pagado a Gayosso sus exequias.

10) Un ejemplar perfecto y completo del primer libro de un mexicano impreso en Europa, la *Rethorica Christiana*, Perugia, Italia, 1579, del tlaxcalteca fray Diego Valadés, se lo compré en 1978 a Neftalí Beltrán que era mi amigo y, en sus visitas a México, pues era diplomático, solía venir a saludarme en mi oficina del Fondo de Cultura. Hice felizmente un apuntito de los detalles del negocio. Pagué por el libro \$16,000 —que era como mi sueldo mensual—, y Neftalí me dijo que lo compró en Milán, en 1977, en 620 mil liras que equivalían a 700 dólares, y que me lo vendía en el mismo precio y aun perdía 100 pesos. Y como hacía Hernando Colón, ambos Neftalí y yo firmamos para la posteridad el apunte —que guardé en el libro—, el día de Reyes de enero de 1978. Es un ejemplar tan perfecto que parece salido de la imprenta y tiene completas sus ilustraciones que son notables y muy apreciadas.

Cuando estuve en el FCE me empeñé en que se tradujera completa la *Rethorica Christiana*, que está en latín y la había estudiado el padre Palomera en un par de libros de Jus. Hice que viniera a verme este sacerdote y le propuse que hiciera la traducción. Yo quería que se lograra una buena edición facsimilar con el texto original y, enfrente, la versión española y que estuviera lista para 1979, cuarto centenario de la obra. Hablamos con la UNAM



que estuvo de acuerdo en pagar la traducción. Pero ésta fue larga y complicada y requirió un equipo de latinistas que encabezó mi amigo Tarsicio Herrera Zapién, de la Academia de la Lengua. En coedición con la UNAM, la obra se imprimió en 1989. Es un hermoso tomo en edición facsimilar y bilingüe, frente a frente.

Una década más tarde, volvió a hablarse de Diego Valadés y su obra en un folleto en el que intervino Salvador Díaz Cíntora, otro colega en la Academia.

11) ¿Y el tomo VIII? podría llamarse la siguiente historia.

La obra de fray Bernardino de Sahagún es la acumulación más importante de informaciones acerca del mundo antiguo mexicano, pero es un laberinto. En 1981 y en 1989 dediqué dos libros a esta obra magnética, y me preocupé, al mismo tiempo, por reunir todos los libros de y acerca de Sahagún. Ningunos más difíciles que los grandes tomos que en Roma o Florencia imprimió Francisco del Paso y Troncoso con los llamados *Primeros memoriales*

y con las ilustraciones de estos manuscritos y del *Códice florentino*. Don Francisco proyectaba hacer ediciones facsimilares de todos los manuscritos del franciscano, pero sólo alcanzó a imprimir los volúmenes 5, 6, 7 y 8, grandes, rarísimos, muy apreciados y de los cuales sólo se ha reeditado hace poco el tomo VI, *Primeros memoriales* (University of Oklahoma Press, 1993). He logrado tener tres de estos volúmenes publicados como sigue: el V me lo regaló mi hijo mayor que se llama como yo; el VI no recuerdo dónde lo obtuve, y el VII, en mi despacho del INBA, en el Palacio de Bellas Artes, hacia los años 1965-1970, en un librerito encontré 4 o 5 ejemplares de un mismo tomo, el 7, de esta serie. Hablé con el encargado del inventario y pregunté cómo podía tomar uno de ellos. A los pocos días me dijo que no había manera legal y le propuse que compraría un libro de buen precio y adecuado para el INBA y lo dejaría a cambio.

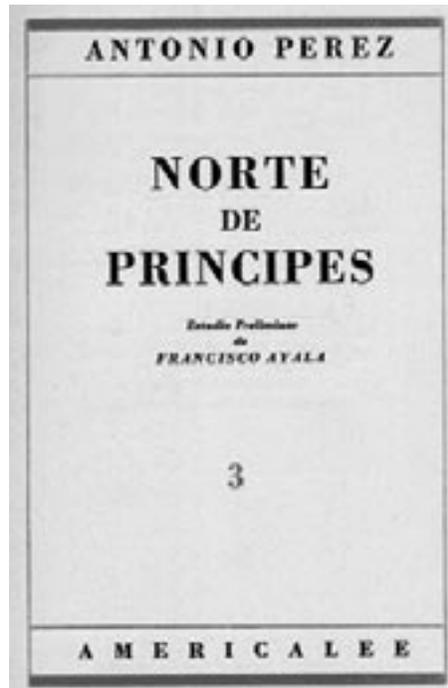
En cuanto al tomo VIII su historia es ésta. He llevado una buena amistad con el historiador Silvio Zavala y, visitándolo, vi que tenía solitario este tomo VIII de los de Paso y Troncoso. Le dije que me interesaba por mis estudios sahuaguntinos y le propuse un trueque: le ofrecí una rara bibliografía de libros españoles y portugueses de los siglos XV y XVI y algún otro que no recuerdo. Me dijo que habría que retener los libros que le ofrecía, pero que quería quedarse con su tomo VIII de Paso y Troncoso, que alguna vez había estudiado.

Años más tarde, en Guadalajara visitaba a un amigo médico y aficionado a los libros y vi que tenía, solitario, este tomo que me faltaba. Me lo prestó por algunos meses y firmamos un recibo. Muchos años más tarde, cuando mi amigo médico había muerto, me visitaron sus hijos, con el recibo en cuestión y reclamándome el libro, que yo no tenía. Les ofrecí una compensación creo que generosa, que aceptaron y firmamos el finiquito del caso. Otros años pasaron y una noche al arreglar mis papeles encontré un

papelito, firmado por una hija del doctor en el cual daba por recibido el tomo VIII que yo le devolvía, hecho que yo no recordaba. Copié el recibo y lo envié a la familia pidiéndole de preferencia el tomo VIII en cuestión o la devolución de mi pago. Largo silencio y de pronto, me escribieron pidiéndome disculpas y ofreciéndome el dinero. Les dije que prefería el libro, que aún sigo esperando con paciencia.

12) Y también he perdido algunos libros. Los que más lamento son los siguientes: Cuando me iba a divorciar de Amalia Hernández, necesitaba pagar al abogado unos cientos de pesos que no tenía. Y tuve la mala idea de reunir algunos de los libros que más apreciaba y pedir a uno de mis amigos libreros que viniera a verlos. Recuerdo un gran libro de coro en pergamino y una edición aldina de algún clásico, una primera edición del *Periquillo*, los tomitos blancos del *Año Nuevo*, de los años cuarentas del siglo XIX, y otras revistas literarias. El librero escogió lo mejor y por lo que yo había pagado el doble. Me dio el dinero y aun consejos el supuesto amigo que no volví a visitar. Y en cuanto a libros que mis amigos me sustrajeron, son pocos y entre ellos éstos: un tomito de versos de José María Vigil, la primera edición de la poesía junta de Jaime Sabines, cuando estuvo de moda, y un tomito con los *Aforismos* de Porchia, que repuse. Y en San Salvador, cuando pasé ahí un año, de mi coche me sustrajeron uno de los tomos de la *Historia de la literatura española* de Valbuena Prat. Es en realidad sólo una pluma.

13) Una historia curiosa. Presumo tener ejemplares casi únicos de dos raras y muy apreciadas novelas mexicanas del siglo XIX: *Jicoténcal*, anónimo, Filadelfia, Imprenta de Guillermo Stavelly, 1826, 2 vols, y de Fernando Orozco [y Berra], *La guerra de 30 años*, México, Imprenta de Vicente García Torres a cargo de Luis Vidaurri, 1850, 2 vols. De esta última, no recuerdo cómo la obtuve, sólo que uno de los tomos me fue obsequiado por un alumno esta-



dounidense y generoso. En cuanto al *Jicoténcal* encontré uno de los dos tomos en alguna parte de la ciudad de México, y el otro, en alguna pequeña librería de Querétaro. Son tomitos pequeños y gastados con el lomo semidestruído. Lo raro fue que los pedazos del lomo coinciden en ambos, como si el destino librero hubiera querido que yo los reuniera. De este *Jicoténcal* se ha vuelto a hablar porque el cubano Alejandro González Acosta ha propuesto, en 1992, que el autor es su paisano José María Heredia.

14) Concluyo enumerando los libros que no tendré y que considero sin rencor. En primer lugar los 9 tomos de los *Mexican Antiquities* de Lord Kingsborough, aunque tengo los cuatro tomos de *Antigüedades mexicanas* que hizo Agustín Yáñez en la Secretaría de Hacienda; y segundo, *La población del valle de Teotihuacán* de Manuel Gamio, aunque tengo la descuidada edición que hizo mi querido Juan Rulfo en el Instituto Indigenista. Y por no dejar, *La escala espiritual para llegar al cielo*

de San Juan Climaco, de México, 1536, como decían mis compañeros de la Secundaria.

CODA

Cuando mis amigos de esta próspera FIL, honra de mi tierra, me anunciaron que recibiría este premio de Bibliofilia, se me alborotaron mis recuerdos y anécdotas de libros, como las que he narrado. Y en lugar de los agradecimientos campanudos que suelen usarse, preferí este tono llano en que rememoro las múltiples maneras de amar los libros, de amarlos para siempre o por un rato, de procurarlos con amor, devoción, afecto, morbosidad o curiosidad, de desearlos como amores imposibles, o de enorgullecernos por las pequeñas joyas que sólo existen para un grupo de maniáticos.

¿A quién le importa que zutano o mengano o yo mismo tenga tal libraco o lo considere una joya? ¿Por qué el bibliómano o el bibliófilo no se contenta con los libros que ya tiene o con los que puede leer o con las ediciones comunes o con los que le caben en su casa y hace maromas con sus recursos o se priva de cosas esenciales para tener el librito raro que ha descubierto con un entusiasmo que raras veces es perdurable y con más frecuencia es pasajero? ¿Y por qué se empeña en tener todos los libros de un autor favorito o de moda o de una materia especial? ¿Por qué existen y tienen éxito estas creaciones, que no dejan de ser diabólicas para los amantes de los libros, como son las Ferias de libros, en que todas las tentaciones se acumulan y le ofrecen sus creaciones y le descubren nuevas vetas para alimentar su curiosidad? ¿Por qué la FIL de Guadalajara tiene tanto éxito y crece cada vez más y atrae sobre todo a los jóvenes, lo mismo que a los infantes y a los viejos como éste que les habla y que da las gracias a quienes le ofrecen el sustento de su pasión por los libros y lo premian por su vicio? ☪

Guadalajara, 2-XII-2002